

17 de febrero de 2002

La otra olimpiada

Más de 110 enviados especiales. Comentaristas, especialistas, reporteros, productores, comediantes, asistentes, editores, ingenieros. Más de 400 metros cuadrados de estudios en el Centro Internacional de Televisión. Cámaras, camionetas rentadas, cuartos de hotel y hasta ropa térmica especial. Siete horas de programación diaria, programas en vivo, resúmenes, enlaces en directo, entrevistas y puestos de transmisión en la montaña y en el Domo del Hielo.

Eran la nueve de la noche con dos minutos del viernes 8 de febrero en el estadio Eccles Rice, cuando un periodista noruego me preguntó: ¿Cuántos atletas mexicanos hay aquí? Han desplegado una gran cobertura. ¿Cuántas medallas piensan ganar? La pregunta me dejó más frío que los ocho grados centígrados bajo cero que acompañaban a la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos Invernales. Sólo unos minutos después, la bandera mexicana, escoltada por cuatro atletas, daba la vuelta sobre la pista de hielo. “Nosotros estamos aquí por esfuerzo propio. Es verdad que no aspiramos a ganar medallas, pero tenemos el derecho de participar”, dice el capitán del equipo de bobsled, Roberto Tamez.

Si usted pregunta por las calles de la Ciudad de México qué es el bobsled, lo más seguro es que le respondan que es una comida europea, una nueva marca de *shampoo* o igual le contestan con una grosería. No es la primera vez que México envía una delegación a unos Juegos Olímpicos Invernales, aunque por las condiciones climáticas y geográficas del país sigue siendo una rara costumbre. Además del equipo de bobsled, conformado por tres personas, también asiste Luis Carrasco, un joven de 39 años dedicado a deportes extremos y que compite en la modalidad del skeleton, disciplina por demás exigente en la que el atleta, acostado boca arriba sobre un delgado trineo, desarrolla velocidades por encima de los 140 kilómetros por hora.

Las imágenes de los atletas mexicanos en preparación a la justa estaban llenas de ironía. Mientras en Europa, durante todo el mes de enero, se llevaban a cabo las pruebas de la Copa Mundial en montañas y valles completamente nevados, en el Centro Deportivo Olímpico Mexicano, bajo el sol de los 22 grados, Carrasco sufría para empujar un pesado “trineo de ruedas”, asesorado por el atleta mexicano de los 400 metros, Alejandro Cárdenas. “Para mí el peligro es una forma de vida. Estar aquí es un sueño hecho realidad. Lo voy a disfrutar”, dice Carrasco, apodado *El Cuas*, y quien consiguió su clasificación a Salt Lake City sólo una semana antes del evento.

Las escasas posibilidades de los pocos deportistas mexicanos contrastan con el

despliegue realizado por las dos televisoras de señal abierta en nuestro país. Tanto TV Azteca, como Televisa, dueñas de los derechos a través de la Organización de la Televisión Iberoamericana (OTI), han realizado un enorme esfuerzo y un gran gasto por la teleaudiencia del evento. El Centro Internacional de Televisión está acaparado por la NBC, transmisora oficial en Estados Unidos, y las empresas europeas. Ni Chile ni Argentina, que cuentan con deportes invernales, tienen un espacio físico, y tampoco Brasil, el “gigante sudamericano” del deporte, que a un mundial de fútbol es capaz de mandar más de 600 enviados de prensa.

Hay grandes atletas, deportes espectaculares, emoción, horizontes maravillosos, pocos deportistas mexicanos, ninguna posibilidad de medalla y sí muchos enviados de la televisión mexicana que parecen estar jugando su propia olimpiada. Después de todo, para el 98% de los capitalinos lo más cercano a la nieve es un amanecer sin contaminación que permita ver una bella postal del Popocatépetl, el Iztaccíhuatl y el mismísimo Ajusco.

Eran la nueve de la noche con dos minutos del viernes 8 de febrero en el estadio Eccles Rice, cuando un periodista noruego me preguntó: “¿Cuántos atletas mexicanos hay aquí? Han desplegado una gran cobertura. ¿Cuántas medallas piensan ganar?” La pregunta me dejó más frío que los ocho grados centígrados bajo cero que acompañaban a la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos Invernales.

DREAMMATCH
SPORTS PUBLISHING

3 de marzo de 2002

Fútbol y democracia: Lebrija y la política en el fútbol

Los gritos y los cantos se mezclaban con la lluvia de las regaderas. El vapor empañaba los cuatro grandes espejos. La cerveza corría. Risas, abrazos, apretones de manos, puños en todo lo alto. Era el final de un domingo sufrido, lleno de tensión, de agonía y de esperanza.

Era el 11 de noviembre del 2001 en los vestidores del Estadio Azteca. Mientras los jugadores y utileros festejaban la ansiada clasificación mundialista, del otro lado, en uno de los estrechos pasillos, el entrenador nacional, Javier Aguirre, cumplía cabalmente como *referee* de boxeo profesional. Sus largos brazos envolvían a Alejandro Burillo y lo alejaban de los puños de Rafael Lebrija. Fue un pequeño descontrol, una “calentura”, pero marcó de una vez y para siempre las tendencias políticas que acompañarían al fútbol nacional en los próximos meses.

“Todo quedó resuelto. Lo hablamos como hombres”, comentó Lebrija, mientras explicaba que en su facultad de presidente de la rama de la Primera División había bajado a felicitar a los jugadores, cosa que no le pareció a Burillo, presidente de la Comisión de Selecciones Nacionales. Cualquier semejanza con la realidad es mera coincidencia. No tiene que ver nada con el proceso interno del PRI o de cualquier otro partido, pero sí está lleno de política, golpes bajos, intereses y corrientes diferentes, y de una campaña por recuperar el poder absoluto.

Con las arcas de la Federación Mexicana de Fútbol listas para llenarse durante el Mundial, con un nuevo contrato de derechos comerciales para la Selección Nacional en camino, y con la mayor parte de los equipos trabajando en números rojos, los últimos días de Lebrija podrían ser también los últimos días del camino hacia la democracia. “[...] no me voy del todo satisfecho. Traté de lograr una independencia absoluta de la Federación, pero hay muchos intereses de por medio [...]”, enfatiza el también presidente del Club Toluca.

Su carácter temperamental, su forma de decir las cosas y de encarar los problemas, y sus múltiples batallas al más puro estilo Rubén Olivares, pudieron terminar por transformar la imagen de Lebrija. Su “récord profesional” incluye peleas, algunas de ellas memorables, ante Edgardo Codesal (presidente de la Comisión de Arbitraje), Jesús Martínez (presidente del Club Pachuca), Javier Pérez Teuffer (presidente del Club América) y hasta Luis Hernández (jugador del Club América). Pero así como era bueno para las broncas, Lebrija también podría significarse

como el último eslabón en busca de la democracia que tanto ha perseguido el fútbol nacional. Con su alejamiento del panorama federativo se abre una lucha por el puesto de presidente de la rama de la Primera División, una posición clave en el manejo de los asuntos federativos.

La idea de Burillo es tener control sobre el área futbolística donde juega México, que se tuvo durante más de 20 años en los tiempos de Guillermo Cañedo y Joaquín Soria Terrazas, y donde tampoco pasó nada. No hay muchos grupos en el fútbol mexicano y sí muchas empresas que no están dispuestas a seguir perdiendo dinero. Las televisoras trabajan de forma unida con sus equipos y sus intereses comunes: América, Necaxa, Morelia y los que se unan. El otro es el Grupo Burillo: Selección Nacional, Atlante, Irapuato. Lebrija comandaba, o aparentaba comandar, al resto. Si la FMF se parece al PRI, es sólo una mera coincidencia. Justo cuando el fútbol mexicano caminaba hacia la democracia, un solo grupo, como en los viejos tiempos, está cerca de adueñarse de todo.

Mientras los jugadores festejaban la ansiada clasificación mundialista, del otro lado, el entrenador nacional, Javier Aguirre, cumplía cabalmente como referee de boxeo. Sus largos brazos envolvían a Alejandro Burillo y lo alejaban de los puños de Rafael Lebrija.

DREAMMATCH
SPORTS PUBLISHING

24 de marzo de 2002

“Me río hasta de la muerte”: Luis Villanueva Páramo Kid Azteca

A sus 88 años poseía algo que solamente algunos, los elegidos, podrían ofrecerle a la vida: una eterna sonrisa. “Tengo ganas de boxear. Yo ganaba cuatro pesos por cada pelea. Hoy todos ganan millones y son malos, realmente malos. En mi época, ninguno hubiera sobresalido.” Era una voz armoniosa la suya. Abría los ojos, movía las manos, arqueaba el cuerpo, pero parecía hacerlo con la misma gracia de aquellas imágenes en blanco y negro que hace 60 ó 70 años lo ubicaban como un fenómeno del cuadrilátero.

—¿Cambiaría usted su época por la actual?

—No. Yo me divertí en mis días. Conocí a gente importante. No fui drogadicto ni alcohólico y estoy bien de salud.

La charla se desarrollaba en el viejo café Versailles del Centro Histórico.

Ocurrió hace cinco meses, cuando ya había cumplido 88 años y seguía con sus largas caminatas matutinas en torno a la Plaza Garibaldi y cuando sus tardes se perdían entre los murmullos de un cargado exprés y el billar, que era una de las pasiones de su vida.

Luis Villanueva Páramo *Kid Azteca* falleció la madrugada del sábado 16 de marzo en el Hospital Juárez de esta ciudad, luego de un mal renal, una peritonitis, insuficiencia hepática y una complicación por neumonía.

No hay que buscar mucho para conocer el papel de *Kid Azteca* en la historia del boxeo mexicano. Nació en la ciudad de México, en el barrio bravo de Tepito, en 1913. A los 14 años ya peleaba, alimentando aquellos sábados calientes en la Arena México o la Coliseo. Fue durante 17 años campeón nacional de peso wélter, tiempo en el cual acumuló más de 300 peleas. “Nadie como él para boxear. Tenía un *jab* increíble. Metía el gancho de izquierda como nadie”, narra el presidente del Consejo Mundial de Boxeo, José Sulaimán. Pero *Kid Azteca* no sólo fue producto de su grandeza, sino que brilló con luz propia en una época donde predominaban los nombres de grandes boxeadores. Junto a Joe Conde y Juan Zurita formó una trilogía de ensueño.

Eran los días de Rodolfo *el Chango* Casanova, del *Ferrocarrilero* Ramírez, de María Félix, Pedro Infante, Jorge Negrete y Agustín Lara. “Eran buenos tiempos. Se podía caminar por esta ciudad: la gente era amable y todos sonreían. Hoy na-

die te mira a los ojos”, recuerda Luis Villanueva, quien nunca se casó y tampoco tuvo hijos o una compañera permanente. Vivía en una vieja vecindad cercana a la Plaza Garibaldi. Caminaba por las calles, jugaba billar y bebía café. La incógnita seguía siendo con qué dinero se mantenía. “Una torta, un pan dulce. La gente me regala cosas y yo me las arreglo con la pensión del Seguro Social.”

Luis Villanueva nunca fue campeón mundial porque era una época donde no se acostumbraba y porque el boxeo local lo era todo. “Teníamos nivel, ídolos y la arena llena. Hoy no queda nada de eso.”

Son casi las siete de la noche de un atardecer otoñal en la ciudad. Los cafés encienden sus marquesinas. Las tiendas bajan sus pesadas cortinas de acero. Don Joaquín, el voceador, pasa gritando el último robo o secuestro de la jornada.

Adiós *Kid Azteca*, gracias por tu tiempo, por tu vida, por tu carrera y sobre todo por tu cara sonriente. Espero que nunca la pierdas. Cuando se aprestaba a meterse de lleno otra vez en la mesa del billar, voltea y fija su mirada en el horizonte lleno de comensales, de humo y bullicio. “Me río hasta de la muerte.”

Luis Villanueva Páramo, Kid Azteca, nunca fue campeón mundial porque era una época donde no se acostumbraba y porque el boxeo local lo era todo. “Teníamos nivel, ídolos y la arena llena. Hoy no queda nada de eso”.

DREAMMATCH
SPORTS PUBLISHING

Luis ... ¿Y las cinco estrellas?

José Ramón, para no variar, estaba de muy mal humor. Era diciembre del año 2001 y el plan de cobertura para el sorteo mundialista de Corea y Japón se había desestimado, se había enviado sólo a un reportero a la cobertura, mientras que Televisa ya anunciaba a varios de sus comentaristas y analistas presentes en el puerto de Puzan, en Corea del Sur.

–Faitelson, hay que hacer algo. ¿Qué propones?

Sin titubear, le respondí.

–Podemos ir Luis García y un servidor. Si salimos mañana llegamos a tiempo para unirnos a Antonio Rosique y completar la cobertura.

–¿Estás seguro de que llegas a tiempo?

Era jueves a mediodía. El sorteo, tiempo de México, era el sábado por la mañana. Tardaríamos unas 16 horas en llegar a Corea. Se podía hacer, sin duda, podíamos llegar a tiempo.

Hablé a casa para dar la mala noticia a mi esposa, buena para mí, y tras un breve altercado –nada del otro mundo– estaba listo para viajar el viernes a Corea, trabajar el sábado y regresar el domingo a México. Sin duda, un viaje de pisa y corre, como los que tanto me gustaban.

La cara de Luis García no denotaba tanta alegría, pero siempre ha sido un profesional, un tipo de grupo, dispuesto a colaborar con la empresa y con sus compañeros.

No era la primera vez que haría un viaje de ida y vuelta a otro continente. Hubo otro peor, cuando junto con Roberto López (camarógrafo) y Rene López (productor) salimos el sábado por la noche a Barcelona. Cubrimos el domingo, en el olímpico de Montjuic, el debut de Juan Francisco Palencia en el Español y regresamos el lunes por la tarde a México. La realidad es que el desgaste de esos viajes no lo sentías ahí, sino tiempo después, cuando el cuerpo te empieza a cobrar facturas.

En fin. Estábamos temprano en el aeropuerto el viernes para volar a Los Ángeles, de ahí a Seúl, y luego una hora más a Puzan. El trayecto largo, de Los Ángeles a Seúl, lo haríamos cómodamente instalados en primera clase, con unos asientos que se convertían en camas. Nos encontramos en el mismo vuelo al técnico de la selección mexicana, Javier Aguirre, quien resultó un excelente y muy ameno compañero de viaje.

Aunque cansados, amanecimos el sábado, muy temprano, hora coreana, en Seúl, y de ahí hasta el industrioso puerto de Puzan, donde nos esperaba la sonrisa fresca y siempre amigable de Toño Rosique.

El pequeño detalle, ante la premura de la “planeación del viaje”, fue que no había reservación de hotel. Cuando vi la expresión de Luis García al momento

de cargar su maleta, subirse a un taxi y tratar de explicarle al taxista que debía llevarnos al mejor hotel disponible, me reí a carcajadas por dentro.

–Es que cuando era futbolista todo estaba planeado. Llegamos al aeropuerto, alguien llevaba nuestras maletas al autobús y luego íbamos al hotel, donde alguien nos daba las llaves y nos decía a qué hora era la cena –me explicaba Luis.

Aquí no era así, y Roberto y yo estábamos acostumbrados a ese mundo de aventuras, de misterio y de sorpresas que depara la vida periodística.

El taxista, en su pobre inglés, nos dijo que no había hoteles disponibles porque la FIFA lo tenía todo acaparado para el sorteo. Nos dijo que nos llevaría a uno que él conocía donde sí había habitaciones disponibles. Asentí y hasta le ofrecí una buena propina si nos llevaba a un hotel donde pudiéramos dormir un par de horas, afeitarnos y alistarnos para la ceremonia de la noche.

Tras recorrer unas calles atestadas de vendedores y tráfico, llegamos a un hotel que por fuera no tenía muy buena apariencia. La cara de Luis palideció y la de Roberto López enrojeció. Decidimos dar un vistazo a la habitación antes de pagarla.

–No, “Gordo”, mejor buscamos otra cosa –me dijo Luis.

El cuarto estaba limpio, pero tenía una alfombra roja, espejos por todos lados y una cámara en forma de corazón, además de un enorme jacuzzi a media habitación. Era obvio que habíamos caído en un hotel de paso.

–Yo estoy bien –me dijo Roberto, a quien apodan “El Zuzu”.

–Yo también –les dije sonriendo.

Pero Luis no estaba a gusto, y entonces decidimos dejar el hotel. En el mismo taxi, el conductor dijo que todo lo demás estaba completamente lleno.

–“Gordo”, dile que nos lleve a las oficinas de la FIFA. A ver si ellos tienen un hotel decente –me indicó Luis.

Traté de decirle a Luis que si se tratara de Pele, de Maradona de Cruyff o de Beckenbauer, seguramente que el señor Blatter encontraría una solución, pero no para un jugador que había tenido buenas campañas en España sin llegar a ser una estrella.

–Bueno... ¿Quién te crees tú? – le dije en tono de broma.

El taxista nos llevó al hotel más lujoso de Puzan, un elegante edificio de puertas giratorias con las limusinas Hyundai estacionadas a la puerta. Subimos a la oficina de prensa, donde nos recibió una amable señorita de origen francés.

–Somos periodistas de la televisión mexicana y el señor es Luis García, ex jugador del Atlético de Madrid y de la Real Sociedad. Nos urge un par de habitaciones para pasar la noche.

–Todo mundo quiere eso –respondió en inglés la trigueña, pero con denotado acento parisino.

Mientras la señorita levantaba el teléfono para hacer una llamada, le

dije a Luis que lo mejor había cometido un error al decir que también había jugado en la Real Sociedad.

—Ahí sólo fuiste a robar —le señalé.

Tres minutos después, la señorita Angeline, quien trabaja en el Departamento de Comunicaciones de la FIFA, tapó el auricular y nos preguntó: “

—¿Cuántas habitaciones desean?

—Sólo dos —le dije, haciéndole además una seña con los dedos.

Apuntó una nota y nos dijo que nos estaban esperando en ese hotel. Luis le agradeció con la sonrisa más grande que jamás había visto dibujada en su cara, ni siquiera en aquel domingo lleno de calor en Orlando, cuando se despachó con dos goles sobre Irlanda en el Mundial de 1994.

El hotel resultó muy bueno y ahí pudimos pasar dos noches antes de regresar a México.

La cobertura del sorteo mundialista fue bastante difícil. El Mundial era propiedad de Directv y nuestros derechos estaban limitados, pero la buena suerte de Luis continuaba porque se encontró con su “padre adoptivo”, Bora Milutinovic, quien llegaba al Mundial como director técnico de China y se llevó a Luis como si fuera de su “dama de compañía”. Bora le dio un boleto para estar en la zona VIP del centro de convenciones de Puzán, el sitio donde Blatter dirigiría su show, mientras Toño y yo tendríamos que concentrarnos en una zona donde los periodistas verían el evento de pie.

Desde ahí, celebramos que Ecuador y Croacia estuvieran en el grupo mexicano, pero lamentamos mucho cuando apareció el nombre de Italia. Al final, hicimos entrevistas que enviamos a México vía satélite. El trabajo estaba cumplido.

Antes de irnos, ocurrió un accidente que mi bolsillo lamentaría ese final de año. Me dieron los pases de abordar de Korean Air desde Busan hasta Los Ángeles y guardé los boletos de Los Ángeles a México en una bolsa de plástico. Se la encargué a Roberto López y quién sabe dónde la dejó.

Busqué la bolsa con desesperación, pero no la encontré. El hombre de la compañía me dijo que si no abordaba ya iba a perder el vuelo. Subí y me senté en mi lugar, ahora en clase turista. Luis García amablemente nos preguntó si nos importaba que él comprara su boleto en primera clase. Nosotros le dijimos que de ninguna manera. Después del despegue en Puzán, mi cabeza comenzó a dar vueltas con una pregunta: ¿Cómo diablos iba a pagar los boletos de Roberto y el mío de Los Ángeles a México?

Crucé todo el avión hasta la cabina de primera clase y le pedí a Luis García que me dejará hacer una llamada telefónica desde su asiento, un privilegio que sólo tenían los de ese sector del avión. Llamé a Irene y le expliqué la situación. Ella utilizó todas las millas acumuladas que teníamos de las tarjetas y compró dos boletos de Los Ángeles a México. Le volví a hablar quince minutos más tarde y ya había resuelto el problema. Bendito sean Dios y el destino por haber puesto en mi camino una mujer como ella.

Llegamos sin más contratiempos a México. Tres días más tarde, estaba en la cama, tirado, con dolores en todos los huesos y con náuseas. Mi cuerpo estaba cobrando la cobertura del sorteo mundialista.



DREAMMATCH
SPORTS PUBLISHING